

A qué ritmo deben ir las conversaciones de paz

Miércoles, 24 Septiembre 2014 00:00



Por: Rubén Zamora

Integrante de la Delegación de Paz de las FARC-EP

El ritmo de las conversaciones de paz no debe guiarse por las consejas de quienes hacen cálculos según los intereses de las élites que los contratan. A la Mesa de Conversaciones no hemos venido a discutir el destino político y militar de la insurgencia como un asunto al margen de la realidad nacional. Es precisamente el cambio de esa realidad dolorosa lo que define el devenir histórico del país y del conjunto de las fuerzas contendientes, tomando siempre en cuenta la participación de la sociedad.

De ahí que sea equivocado sostener que estamos en la recta final del proceso de diálogo cuando falta abordar dos de los puntos más sensibles de las conversaciones de paz y quedan en el refrigerador, hasta ahora, 28 puntos fundamentales, bastante alérgicos para el gobierno, que tocan aspectos estratégicos de la política interna y externa, y que son parte esencial del Acuerdo General de La Habana.

Según algunos analistas como León Valencia y Joaquín Villalobos, ya el gobierno dio lo que debía dar y ahora le toca el turno a la guerrilla. Es decir, que debemos acogernos a su marco jurídico, someternos a la visión inculminatoria y unilateral de la justicia transicional y de paso entregar las armas. Olvidan que buena parte del tema de participación política fue remitido a una mesa con las organizaciones sociales y políticas porque no fue posible un amplio acuerdo sobre garantías para ejercer la oposición. Y eso que ni siquiera existe un estatuto de oposición como lo mandató la Constitución del 91 y que las organizaciones sociales y políticas de oposición están expuestas a la permanente criminalización. Los grupos paramilitares acaban de amenazar a más de 90 personalidades de organizaciones defensoras de los derechos de las víctimas de crímenes de Estado.

Los consejeros oficiales nos sindicán de dilatar las conversaciones como si fuera fácil lograr acuerdos con un gobierno sin propuestas para un verdadero país en paz. Como si en la actual batalla política no mediara el propósito oficialista de conducirnos a la rendición, de llevar a la prisión a los comandantes guerrilleros y, peor aún, a la extradición, posibilidad concebida en el "marco jurídico para la paz". Además, pasan por alto los análisis y las propuestas de solución coherentes, construidas a partir de las iniciativas presentadas en los foros por la ciudadanía.

Joaquín Villalobos envía mensajes exhortando la traición, la división y hasta el fusilamiento de nuestros cuadros, como lo hicieron con el Poeta Roque Dalton algunos traidores de la causa popular. Roque fue fusilado luego de ser falsamente acusado de estar al servicio de la CIA, de eso puede hablar Villalobos seguramente

para justificarse. En las FARC-EP no oímos esas consejas, no tenemos alma de traidores como para someternos a la voluntad de las élites a cambio de mermelada. Los oportunistas y traidores siempre han sido relegados a la historia como miserables villanos.

¿De qué tipo de articulista estamos hablando? ¿Será de los que se han acoplado a las estructuras que asesoran al régimen colombiano en sus políticas de guerra, de diálogos de paz y de posicionamiento de matrices de opinión? ¿Será que Joaquín Villalobos y otros de su tipo quieren para diciembre el fin del conflicto o la división y derrota de la insurgencia en La Mesa de Diálogo, configurando un escenario en el que al final no se produzca ningún cambio en favor de la justicia social?

Si estamos hablando con el enemigo es para buscar una salida civilizada a la confrontación que dignifique a las víctimas y redima a la sociedad de tanta injusticia. A La Habana no hemos venido a negociar impunidades y lo reiteramos cuantas veces sea preciso. Aquí, hablando desde la orilla de los perseguidos, hemos traído bien altas las banderas que reivindican los anhelos de los humildes de Colombia.

Cómo puede pensarse que estamos en la recta final del proceso cuando se ha dilatado la discusión del desmonte de las estructuras mediante las cuales se ha implementado el terrorismo de Estado. Desde la discusión del primer punto de la agenda estamos planteando el desmonte de las estructuras paramilitares y la desmilitarización de la sociedad y del Estado; pero de eso no se quiere ni hablar.

Ni siquiera acogen el llamado clamoroso de las víctimas a declarar en lo inmediato un cese bilateral al fuego que ponga fin a la victimización. Además sería ideal que cesaran ese otro fuego que victimiza a la sociedad con sus crueles municiones del calibre de las políticas económicas neoliberales.

Hay que valorarle al gobierno de Juan Manuel Santos que reconoció el conflicto y aceptó los diálogos de paz; sin embargo, es necesario que este cambie sus propósitos de aniquilamiento político y militar de la guerrilla y haga suyos los propósitos de una sociedad que invoca soluciones estructurales a los problemas políticos, económicos, sociales, culturales y ambientales.

Hacer la paz no es tarea fácil, es más difícil que hacer la guerra, así es que el tiempo de las conversaciones entre el gobierno y las FARC-EP se determina por la voluntad del Estado de ofrecer plenas garantías democráticas y de concertar las reformas necesarias para la paz. Lo ideal es regresar al país cuanto antes con un tratado de reconciliación que le dé esperanzas y redención a los humildes y concordia a toda la sociedad. Pero regresar es un decir, porque de lo que se trata es que desde el mismo país se construya el Acuerdo Final.